

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ ZAPATERO

EL DILEMA

600 DÍAS DE VÉRTIGO

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ ZAPATERO

EL DILEMA

600 días de vértigo

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	9
I. 12 DE MAYO DE 2010	13
Doscientas setenta palabras	13
La noche anterior y la mañana del 12 de mayo	20
Hacia la tribuna del Congreso. El debate	24
Las medidas de recorte del gasto	30
Tras el debate todo cambió	47
¿Cómo se llegó al 12 de mayo?	52
<i>La elección del primer presidente del Consejo</i>	52
<i>El calvario griego</i>	68
<i>La noche del 9, algo más que una noche</i>	100
La reunión con sindicatos y empresarios	107
Una votación decisiva. Por un solo voto	111
Estados Unidos y China. También presentes en mayo	117
La primera invitación a pedir el rescate. El FMI en la Moncloa	119

2. 12 DE OCTUBRE DE 2008	129
Los días previos: pánico en el mundo	129
La reunión en el Elíseo: el <i>desembarco</i> <i>de Normandía</i>	142
Los acuerdos del Elíseo en España	147
3. 2009. PARO, RECESIÓN, ESTÍMULOS FISCALES	155
De la crisis financiera a la crisis económica. La resistencia inicial del sistema financiero español	156
Las políticas de estímulos fiscales: el Plan E	161
El gran drama: el paro	174
La crisis en el Parlamento y sus efectos políticos y electorales	182
4. AGOSTO DE 2011. EL BCE. LA REFORMA DE LA CONSTITUCIÓN	201
La situación previa: el proceso de reformas	201
La cara y los ojos de los mercados	211
Grecia otra vez y Portugal también	214
Las cartas con Trichet. Por fin el BCE actúa	236
La reforma constitucional	256
5. EL G-20 DE CANNES	269
El G-20. Nuestra batalla por estar	269
De nuevo Grecia... ¿Y ahora Italia?	277

12 DE MAYO DE 2010

DOSCIENTAS SETENTA PALABRAS

Fueron dos minutos y medio. Doscientas setenta palabras interminables que leí con toda la convicción de que fui capaz. Mientras desgranaba los recortes en el presupuesto, miraba una y otra vez a los diputados de mi grupo, seguramente para encontrar un refugio en sus gestos, para adivinar en ellos una actitud de comprensión. Las caras de los compañeros eran serias, graves y con algún rictus de amargura. Pero no advertí rechazo, más bien resignación.

Comparecí aquella mañana del 12 de mayo de 2010 en el Parlamento para informar de los acuerdos adoptados tanto en la reunión de los líderes políticos de la zona euro el 7 de mayo como en la de los ministros de Economía europeos el 9 de mayo.

Eran fechas decisivas para Europa y para España. Los acuerdos de la zona euro para el rescate de Grecia implicaban que varios gobiernos europeos, el español entre ellos, tomaran medidas de recorte en los presupuestos. Medidas duras.

Son de esos días en que sabes que algo termina, aunque no esté muy claro qué va a comenzar. Intuyes que va a ser difícil para tu formación política, y para ti mismo, pero piensas que haces lo correcto, lo imprescindible para el país.

Quienes mejor me conocen podían advertir en mi rostro la gravedad real del momento. Estoy seguro de que muchos com-

pañeros se estarían preguntando por mis sentimientos, y algunos de los más afines desearían no haberme visto pasar por ese trance. ¿Dimitir y convocar elecciones era una opción a mi alcance? En ningún momento llegué a considerarlo así. Había que tomar decisiones difíciles, y había que tomarlas ya: hacerlo debía recaer sólo sobre mis espaldas.

El liderazgo político no me parece concebible de otro modo: quien se lleva los aplausos debe asumir los reveses del devenir político. Es justo e inevitable. No sé si la renuncia hubiera favorecido mi imagen o la de mi partido, pero estoy seguro de que no era conveniente para España.

Viví una gran paradoja. A partir de aquel mayo de 2010, a medida que notaba mayor apoyo de los líderes europeos y generaba más confianza en los grandes inversores internacionales, perdía popularidad entre mis compatriotas. Y, como es fácil de entender, no era una paradoja fácil de sobrellevar. No lo era en cuanto que revelaba la brecha de distanciamiento e incomprensión que se abría con los ciudadanos, cuyos intereses creía, de verdad y tal vez más que nunca en mi ánimo, seguir defendiendo, aunque ahora en un escenario mucho más complicado y perentorio.

Me afectaba esa incomprensión. Consciente o inconscientemente, me aferraba a la ética de la responsabilidad weberiana para inyectar dosis de justificación a mis decisiones. Hacía lo que tenía que hacer, lo que yo creía que había que hacer, aunque ello defraudara las expectativas depositadas en mí durante años por muchas personas, en particular en el ámbito de la izquierda. Sus anhelos y mis anhelos. Y sabía bien que ese dilema en el que estaba atrapado no iba a tener, en último término, más respuesta que la que le confiere la democracia. Si la desconfianza hacia la acción de un Gobierno se convierte en mayoritaria, los ciudadanos tienen la oportunidad de elegir uno nuevo. Incluso aunque la realidad anticipe que no es probable que las cosas cambien simplemente porque cambie el equipo que salta a la cancha.

En democracia, los ciudadanos deben ser exigentes con sus gobernantes, y en tiempos de dificultades las apelaciones a la responsabilidad de evitar un mal mayor para justificar medidas que limitan expectativas vitales de la sociedad suelen valer de poco. Es así, y en épocas de fuerte malestar aún más.

Lo cierto es que, desde mayo de 2010, tuve que renunciar prácticamente a la batalla competitiva en el escenario partidario de nuestro país.

Y no sólo porque sabía que iba a ser muy difícil ganarla, sino porque mi tarea esencial iba a consistir, a través de una larga maratón poblada de obstáculos, en evitar que España tuviera que pedir ayuda financiera o, lo que es lo mismo, que tuviéramos que ser rescatados e intervenidos.

Pensando en mi país, siempre temí que la caída en un rescate nos devolviera a un estado de ánimo colectivo parecido al sentimiento del noventa y ocho. Otra vez en nuestra historia un «no podemos». Otra vez los demonios de nuestro atormentado pasado..., después de más de tres décadas demostrando al mundo, y a nosotros mismos, que éramos capaces de convivir en libertad y progresar como pocos países de la Tierra.

Para la generación a la que pertenezco, que llega a la mayoría de edad a la vez que la democracia, que vincula el orgullo de ser español con la capacidad de autogobernarnos y de hacer las cosas como los mejores, la idea de perder parte de nuestra soberanía, de nuestra aptitud para ordenar la economía, podía ser una pesadilla. Una pesadilla fría y pesada, una especie de ironía maléfica de la historia.

La generación de la democracia afrontaba el peor momento de nuestro tiempo como país libre. La generación mejor formada de nuestra historia se hallaba en un laberinto inédito para recuperar el futuro.

¡Qué paradoja, qué contradicción más difícil de digerir, de racionalizar, de asumir! Quien había vivido como presidente la

tasa de paro más baja de la historia veía cómo se destruía empleo como nunca en nuestro país. Quien había tenido tres años de superávit veía cómo llegábamos al mayor déficit público de la democracia. Y quien había gobernado con el proceso de inmigración más grande jamás conocido en España presentía un nuevo ciclo de emigración española. Todo esto en un periodo de apenas algo más de un año.

Repasando la historia —yo lo hacía entonces a menudo— se podía comprobar fácilmente que incluso las naciones más poderosas del mundo han vivido crisis gravísimas. Políticas por supuesto, pero también económicas. Bastaba con volver la mirada al siglo xx: las naciones más fuertes vivieron grandes convulsiones y retrocesos económicos. Es cierto que en muchos casos se correspondían con momentos prebélicos y posbélicos. Como les había ocurrido a Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, Francia, Italia..., pero también a los admirados países nórdicos: Suecia y Finlandia. Y en Asia, los grandes países tampoco se habían librado de graves recesiones, casi siempre vinculadas a crisis financieras, como la crisis asiática de los noventa o la larga crisis de más de dos siglos de la potencia emergente que marca hoy el ritmo en el mundo, el gigante chino.

Me preguntaba a mí mismo si mirar hacia atrás y a otras naciones no era una forma de justificarme. De buscar un asidero que me permitiera fortalecerme y comprender lo que sucedía, ensanchar y poner perspectiva a mi percepción de la realidad. Pero ¡qué diferente es leer e interpretar la historia a vivir el presente! En el primer caso, se tiende a ver en la sucesión de los acontecimientos una explicación más o menos lógica. Cuando vives las sacudidas de tu tiempo, sin embargo, muchos eventos no tienen una fácil explicación ni parecen responder a una lógica racional. Y, además, pensaba que esto no podía aliviar en nada a las familias que ya atravesaban serias dificultades. Ésa era la gran cuestión, la cuestión para la que

no tenía respuestas ni suficientes ni inmediatas, como necesitaban los ciudadanos.

Pero no cabe duda de que la medida de nuestro carácter como nación se ponía a prueba en nuestra capacidad de levantarnos y volver a empezar. A la larga, éstos son los países que generan confianza. Confianza interna y ante el mundo.

Sabía que aquella mañana del 12 de mayo no iba a ser precisamente fácil transmitir confianza a los ciudadanos de mi país. Y que esa confianza se la debíamos también a nuestros socios europeos, con los que habíamos adquirido un compromiso al fundar la Unión Monetaria. Un compromiso que, tras el último fin de semana, una vez desencadenada la crisis de deuda en Europa, tenía una dimensión bien concreta: acelerar significativamente nuestro Plan de Consolidación Fiscal. Ese plan que habíamos presentado en enero y que suponía una senda gradual aunque ya exigente de reducción del déficit, el mismo que la Comisión Europea había dado por bueno algunas semanas antes, pero que los acontecimientos sobrevenidos convertían en insuficiente.

Porque los esfuerzos singulares de los dos países ibéricos eran ahora imprescindibles no sólo por nuestro propio bien, sino también para que se pudiese determinar el plan de apoyo financiero a Grecia. Éste se había aprobado en el Consejo de Asuntos Económicos y Financieros de la UE (Ecofin) de febrero, después de una agria discusión que duró semanas y apremiados por la presión que los mercados habían puesto sobre algunos países de la zona euro, especialmente sobre el país helénico.

De hecho, y aunque hoy pueda sorprender al recordarlo, cuando se comenzó a representar la tragedia griega, en abril de 2010, nuestra prima de riesgo se movía entre los ochenta y los cien puntos básicos de diferencia con el bono alemán. Y mayo se había abierto con 94 puntos básicos de diferencia. Sin embargo, del 3 al 6 de ese mismo mes, sólo en tres días, pasamos de 94

a 149 puntos básicos de prima. Y todas las alarmas se encendieron sobre la zona euro. Como le comenté entonces a un medio de comunicación, y luego se publicó, Europa vivió aquellos días una especie de ataque como el de Pearl Harbor, pero financiero. Un ataque masivo y por sorpresa que dejaba al descubierto nuestras débiles defensas y nuestros ineficaces sistemas de alerta.

Y, con todo..., ¡habíamos llegado a los 149 puntos básicos! Una prima de riesgo que habríamos firmado a ciegas si hubiésemos conocido lo que nos iba a deparar el futuro.

Pero seguramente pocos recuerdan que, en concreto, aquel 12 de mayo, aquel día que reverbera en mi memoria con inusitada fuerza, la prima de riesgo se encontraba en los 99 puntos básicos.

Prima de riesgo. Prima de riesgo. Tres palabras por las que no me tuve que preocupar, en absoluto, los primeros cuatro años de mi mandato y que se convertirían a partir de mayo de 2010 en una especie de toma de tensión permanente de nuestro país. Sí, es como si a un país le instalaran un monitor Holter financiero, y no por veinticuatro horas, como es habitual en los que miden la presión arterial, sino de forma permanente..., con la única delicadeza de que no se activa en los días no laborables. Desde mayo de 2010 trabajamos con un monitor Holter que medía la presión a la que nos sometían los mercados.

Esa presión ha sido en algunos momentos muy alta, momentos inducidos siempre por factores exteriores, como demuestra la cronología de los hechos. Esos momentos de subida de tensión eran como amagos de angina de pecho, ante los cuales había que tomar decisiones para contener y rebajar la presión. Al menos en tres ocasiones, desde mayo de 2010, vivimos esa sensación de que nos acercábamos al colapso, de que no podríamos seguir financiándonos como país. De que el latido de nuestro Tesoro, que se había mostrado fuerte y rítmico hasta ese mes de mayo de 2010, pudiera perder su capacidad de irri-

gar la necesaria financiación al Estado, obligándonos a tener que acudir a una ayuda externa, a una especie de corazón prestado durante un tiempo para cubrir las necesidades financieras de España.

Acabo de señalar que los episodios de elevación descontrolada de nuestra prima de riesgo obedecieron al impulso de desencadenantes externos, como los diversos «momentos griegos», Irlanda, la cumbre franco-alemana de Deauville, etc. Eso es así, aunque no quiero decir con ello, por supuesto, que no contaran nuestros propios factores de riesgo, como el abultado déficit, la deuda externa de familias y empresas, el crecimiento de la tasa de paro, y las dificultades para la recuperación económica. Lo que ocurre es que la medición de estos factores de riesgo no la realiza un sofisticado aparato neutral, que ni siente ni padece, que no se juega dinero con los registros que anota, sino que interactúa con ellos en su propio beneficio, como hacen los mercados cuando socavan la estabilidad del Tesoro de un país. En el fondo, no deja de ser paradójico que aquellos que elevan la presión sobre nuestra prima de riesgo, con posiciones de venta y desafección, son los que luego determinan la evaluación sobre los efectos de sus propias decisiones, para otorgar mayor o menor grado de solvencia al país. Y lo peor es que, en este mundo abierto y de plena libertad de movimiento de capitales, no cabe recurrir a una segunda opinión o a un tribunal independiente, ni siquiera a un arbitraje.

Los mismos que antes decidían financiarte prácticamente sin límites porque consideraban que les eras rentable pueden en veinticuatro horas estrangular tus posibilidades de capacidad financiera. Este sistema parece lejos de ser equilibrado y racional. Más allá de la socorrida explicación sobre lo que significa en el mundo de las finanzas la codicia y la aversión al riesgo, todo parece indicar que el modelo perfilado en la Unión Monetaria presenta fallos notables. Aunque todavía más perturbador resul-

ta un modelo de globalización sin una gobernanza mínimamente efectiva.

Ni Maastricht ni Ámsterdam fueron lo que parecían. Pero, si tenemos honestidad intelectual, debemos reconocer que casi nadie lo pensó o lo dijo en aquel momento. Y, como casi siempre ocurre, la idoneidad de un proyecto político o económico sólo se pone a prueba cuando sobreviene un momento crítico. Y es cuando el edificio no resiste cuando se investiga si falló el arquitecto, o si fue la constructora, o la inspección técnica, o se llega a la conclusión de que el proyecto no se había concebido para resistir un terremoto de un determinado grado en la escala de Richter, que no parecía verosímil que se produjera a tenor de la experiencia de los últimos setenta años. Y que fue, sin embargo, el que se produjo. De modo que, si se hubiera podido prever un terremoto financiero de la magnitud del de 2008, es probable que el euro no hubiese nacido, o no hubiese nacido como nació.

LA NOCHE ANTERIOR Y LA MAÑANA DEL 12 DE MAYO

Apenas dormí esa noche del 11 al 12 de mayo de 2010. De madrugada releía el discurso que debía pronunciar en el Congreso. Corregí algún matiz que incorporé al texto a primera hora de la mañana con mi secretaria Gertrudis Alcázar. Era muy temprano, pero Gertru siempre estaba antes de que la necesitara y siempre se iba más tarde del último compromiso. Su entrega al trabajo es sólo comparable con su integridad y buen juicio. El mayor privilegio que alguien puede tener es contar con una colaboradora, más bien compañera, de una dimensión humana como la de ella.

Para Gertru tampoco debió de ser fácil repasar el discurso. Pero no me dijo nada. No hacía falta.

Apenas dormí aquella noche. Repasaba mentalmente las medidas y el impacto en quienes se iban a ver afectados por ellas. Los empleados públicos con sus sueldos rebajados. Los pensionistas, que no verían revalorizarse su pensión, salvo los que cobraban las mínimas. Una parte de los beneficiarios de la dependencia, que verían reducidas sus ayudas. Las madres embarazadas, que no percibirían los 2.500 euros...

Con el paso del tiempo aquellas medidas pueden parecer limitadas, pero en aquel momento se percibieron como un jarro de agua fría, o más bien helada, en nuestra base social. Los titulares lanzaron un mensaje de forma generalizada: «El mayor recorte social de la democracia».

No eran fáciles de explicar y, por tanto, de defender. Ese recorte lo hacía un Gobierno socialista. Lo hacía un presidente que se había comprometido a mantener y extender el máximo posible la protección social durante la crisis.

Y qué paradoja, qué dilema tan acuciante. O recortabas, o podías alimentar la espiral de la falta de solvencia, del riesgo sobre el cumplimiento de nuestros compromisos de deuda. No había un camino intermedio. Y en apenas días, casi horas, debías actuar en una intersección en la que tus ideas y compromisos se bifurcaban probablemente de manera irremediable.

Y qué contradicción para la mayoría de los ciudadanos y especialmente para nuestros votantes. El Gobierno que más había ampliado los derechos sociales y las políticas de igualdad de oportunidades, el Gobierno que más había elevado el gasto social en menor tiempo, se veía abocado a dar un frenazo a la política de la que más orgulloso se sentía: el fortalecimiento del Estado de bienestar.

La crisis y mayo de 2010 abrieron un debate, por otro lado latente en la sociedad española —o, para ser más precisos, en algunos sectores de la sociedad española—, sobre la viabilidad

de nuestro Estado de bienestar, sobre los hipotéticos excesos del gasto social. Algunas de estas voces se sustentan en posiciones ideológicas, pero otras muchas carecen de prejuicios ideológicos, y se basan en la mera convicción intelectual en torno al ideal de eficiencia en el uso de los recursos públicos.

Aunque sobre este trascendental tema daré mi opinión en la parte final de esta obra, donde intentaré extraer algunas conclusiones, sí quiero avanzar que, mientras la socialdemocracia no ponga encima de la mesa un modelo alternativo a los fundamentos básicos de la visión económica dominante en las últimas décadas, las políticas que expresan el significado de las ideas e ideales progresistas seguirán teniendo, como una de sus principales señas de identidad, la política de redistribución del gasto público, la preocupación por reforzar la red de derechos sociales.

Si esta ambición dejase de ser la columna vertebral de un proyecto socialdemócrata le quedaría a éste muy poco de su razón de ser. Es más, que el Estado de bienestar o el Estado social dejase de formar parte del corazón europeo sería una refutación histórica de la razón fundacional de la propia Unión.

Sí, muchas cosas iban a pasar tras ese mes de mayo de 2010. Buena parte de las carpetas ya archivadas desde la Transición se iban a desempolvar. Íbamos a pasar de las grandes certezas sobre nuestro pasado inmediato a crecientes dudas preñadas de ansiedad. De un optimismo aparentemente fundado a un desconcertante pesimismo.

El recorrido desde la Moncloa hasta la Carrera de San Jerónimo solía durar veinte o veinticinco minutos. Durante ese tiempo normalmente charlaba con el conductor y el jefe de escoltas o releía los documentos que llevaba para las intervenciones. Sin embargo, aquel día mantuve silencio mientras miraba a través de las ventanillas del vehículo a la gente que con aparente tranquilidad caminaba por las calles de Madrid.

Veía a ciudadanos de toda edad y condición, mujeres y

hombres, jóvenes y veteranos, trabajadores y ejecutivos. Recuerdo que intentaba fijarme en sus caras, en sus miradas, para interrogarme sobre cómo se enterarían de lo que iba a decir pocos minutos después y qué efecto produciría en sus expectativas vitales. Me planteaba si cambiaría algo en caso de que pudiese explicarles lo que iba a suceder. Mirar a la gente y saber que de tus decisiones puede depender una parte importante de su futuro supone sentirte íntima y abrumadoramente responsable.

Era tan consciente de lo que aquella mañana iba a suponer que cerca ya del Congreso se cruzaron en mi cabeza las imágenes de la calle Ferraz de la noche del 14 de marzo de 2004. Aquel grito unánime y joven. Aquel sentimiento de identificación con una tarea nueva. Aquel «¡No nos falles!» que marcó mi arranque como líder del PSOE en el Gobierno de España. ¿Les iba a fallar aquella mañana? No tenía una respuesta clara a este interrogante. Es probable que muchos de los que más de seis años atrás me habían dirigido esa admonición para expresar su apoyo fueran a responder ahora afirmativamente. Les habría fallado. Pero en cualquier caso también sabía que no podía fallar a mi país. Y recordé el juramento como presidente del Gobierno en la Zarzuela del día 12 de abril de 2008: «Prometo fielmente cumplir con las obligaciones del cargo de presidente del Gobierno». Y reconozco que eso me alivió. Porque cumplir con tu obligación como presidente del Gobierno es tu primer compromiso, tu deber prioritario. Y sabía que en ese momento mi obligación era cambiar el paso y dejar de un lado una buena parte de mis aspiraciones, de mis promesas.

Y con ese último pensamiento llegué al Congreso. El trayecto se me hizo largo. Todo se me hizo largo. Mi discurso. El debate. Y la salida de la Carrera de San Jerónimo, el regreso a la Moncloa. Y la tarde también fue una tarde larga y solitaria, densa y vidriosa.